

albanés, verdadero tipo de los héroes de Homero, conservado en toda su pureza en las montañas donde los admiró, el alma de un Ulises salvaje con el cuerpo de un Aquiles del Rhodopo. La guerra y el amor eran sus únicas pasiones. La ambicion no era mas que el ensueño de sus intermedios entre los triunfos y los deleites. Ninguno penetra los misterios del serrallo de un bajá, pero las confianzas de uno de sus eunucos despues de su muerte y la tragedia de sus tres dias últimos, rebelaron un apasionado cariño entre una jóven albanesa, objeto de su predileccion, y dicho jefe.

Su educacion no habia sido mas completa que la de un aldeano y soldado albanés; mas su inteligencia, mas real que brillante, se desarrollaba cada dia bajo la mas rústica simplicidad de ideas. No abrigar mas que un solo pensamiento es á menudo toda la fuerza de un hombre, y Mustafá no tenia mas que uno: amor á su amo, servirle ó vengarle. Mirando con indiferencia tanto la cuestion que dividia el imperio como los mejores medios de organizar los ejércitos, una cosa solamente le interesaba: que el sultan fuera obedecido y que los genízaros fueran humillados y subyugados enteramente por el sultan. Conociendo este toda la decision de Mustafá-Baraiktar, contaba con él en el dia de la lucha, y deseando

reunir los dos bajás y los dos ejércitos que le eran fieles, habia enviado á Cadi-Bajá con sus tropas sobre Rustschuk al través de Constantinopla. Aquellos dos hombres, oriundo uno de las entrañas del Asia, el otro de la extremidad de Europa, abrigaban la misma pasion por salvar el imperio y vengar la santa autoridad del sultan.

XXXVIII

Acababa de retirarse Cadi-Bajá de Andrinópolis tratando de reunirse con Mustafá-Baraiktar en Rustschuk, cuando llegó á su noticia que los genízaros de Rodosto y los facciosos de las montañas de la Tracia, formando en su retaguardia una formidable masa, le cortaban su retirada á Constantinopla. Temiendo que aquellos sublevados aprovecharan su ausencia para revolucionar la capital, y sabiendo además que habia estallado una tercera insurreccion entre Rustschuk y Búrgas, y que otro cuerpo de insurrectos defendian un largo é inexpugnable desfiladero por donde tenia que pasar; con esa indecision que precede al vértigo en los momentos de revoluciones,

durante los cuales una sola hora decide la victoria, Cadí-Bajá contramarchó y dirigióse andando día y noche sobre Selivria ó Selymbria, única ciudad fuerte que quedaba accesible. También tropezó con ocho mil rebeldes, en Tchorli, ciudad situada entre Búrgas y Selivria. Tres días consecutivos empleó en asaltarla de todas maneras, mas nada alcanzó perdiendo un tiempo precioso y el moral de las tropas.

Por fin, llegó á Selivria por otro camino y acampó su ejército fuera de la ciudad esperando los refuerzos prometidos de Constantinopla, mas pasaron vanamente quince días. Un asesino, fanatizado por la rebelion, penetró una noche en su tienda y luchó con él en las tinieblas, mas el intrépido Cadí-Bajá le tiene muerto á sus piés. Sus tropas cansadas de aquella inaccion, desalentadas por sus reveses, corrompidas por sus relaciones con una ciudad populosa, apenas contenida en el deber por la flota cuyos cañones amenazaban sus fortificaciones, se usaban y diezaban en el reposo. Cadí-Bajá era fiel y valiente esclavo de su soberano, pero faltó en aquella campaña de los dos genios de la revolucion: la prontitud y decision. A medida que la tormenta se apartaba de él, se acercaba al serrallo.

LIBRO TRIGÉSIMO QUINTO.

I

Todo fermentaba en Constantinopla; la noticia de la mas pequeña victoria de Cadí-Bajá hubiera intimidado probablemente la capital; sus tentativas y reveses alentaban la sedicion. Poco á poco estallaron todos los síntomas precursores de las revoluciones de Oriente: los incendios, las reuniones en los cafés, las censuras de los fanáticos en las mezquitas, las imprecaciones contra los ministros, las acusaciones de